

Literatura y psicoanálisis: “Palabras claves” Elogio a Anaïs Nin

MARÍA DEL PEDRO

Anaïs Nin escribió en su diario desde 1914 hasta 1977, sin interrupción, a no ser en ese breve lapso que obedeció la indicación de su analista, Otto Rank, quien luego sería su amante y su maestro, que en aquel entonces le había ordenado abandonar la escritura del diario por considerarlo la última defensa contra el análisis.

Pero a la altura del Libro III (1939-1944) todo eso es historia. Su tercer desembarco en Nueva York, tiene por causa y telón de fondo a la Segunda Guerra Mundial. Tras haber dejado París, comienza una nueva y dura etapa en los Estados Unidos, teñida por el desarraigo e innumerables dificultades económicas. Anaïs sabe lo que se le viene y cierra el Libro II de su Diario despidiéndose de París: “Todos sabíamos que abandonábamos una forma de vida que no recobraríamos jamás. Yo sabía que era el final de nuestra vida romántica” (1987: 446).

La espera un “ambiente separatista”, hostile al extranjero, “Estados Unidos rechaza todas las influencias europeas, del mismo modo que los niños rechazan la influencia de sus padres” (1987: 164).

Y en el comienzo de este período asistiremos al doloroso pasaje, que nombra trágico, de la vida romántica al destierro:

Lo trágico es que cuando estábamos a punto de gozar de nuestra madurez en Europa, que ama y aprecia la madurez, fuimos desarraigados y llevados a un país que sólo ama la juventud y la inmadurez... No les interesan más que las ideas, la política y la ciencia; el arte, la estética y la vida no les preocupan (1987: 167)

Una y otra vez, a lo largo de este libro recaerá en comparaciones que, siempre, iluminarán la vida parisina con la luz de la nostalgia, de lo amado y lo perdido:

A veces, cuando pienso en París no veo la ciudad, sino el hogar. Cercada, acortinada, abrigada, íntima. El ruido de la lluvia sonando al otro lado de la ventana, el cuerpo y el espíritu vueltos hacia la intimidad, hacia las amistades y los amores... París, íntimo como una habitación. Todo pensado para la intimidad. Las siete menos cinco era la hora de la cita de los amantes. Aquí es la hora del cóctel. Nueva York es lo contrario a París... No se hace nada para mitigar la crueldad de la vida misma. Se habla mucho del “mundo”, de millones, de grupos; pero no hay nada cálido en las relaciones entre seres humanos... La subjetividad parece estar considerada como un defecto... (1987: 74)

Habiendo dejado atrás el transitorio ejercicio del psicoanálisis y, aún albergando dudas respecto a volver a abrazar ese oficio, Anaïs se decide por la escritura, pero sin perder de vista que en ambos casos se trata de palabras, las llamará por momentos “palabras favoritas”, “son palabras” dirá, “porque cada uno de nosotros extrae de él (diccionario) su propio vocabulario, y todos usamos palabras insistentes, repetidas, que son la clave de nuestra vida psíquica” (1987: 119). Escarbará en el lenguaje en su búsqueda por explicar “los misterios de la sensualidad de la mujer”, que los sabe “muy diferentes a los del hombre”.

Por eso –sentenciará– el lenguaje de los hombres no sirve para describirlos. “Hay que inventar el lenguaje de la sexualidad”. Sólo reconocerá a D.H. Lawrence, sobre quien ha escrito y publicado un estudio, “saber tantas cosas sobre lo que siente una mujer cuando hace el amor” (1987: 139)

Se reconocerá proustiana, tantas veces como pueda. Verá en Proust a un poeta, a quien recomienda leer a la orilla del mar, “el ritmo ondulante de sus frases es como las olas del mar”, “podía seguir las frases que se abren y se cierran, del mismo modo que una ola se levanta, avanza, se curva y cae para renovar su aliento, hincharse y avanzar y volver a caer” (1987: 180). “Hay más poesía en Proust que en los poetas de su época” (1987: 204) diría al momento que le otorga al poeta el papel de “enaltecer todo lo que toca, tomar la realidad ordinaria y darle una furiosa incandescencia que revela su significado”, ya que “sin esta alquimia, todo escrito permanece muerto” (1987: 234- 235).

Concederá al psicoanálisis, al que considera “el verdadero hilo de Ariadna” (1987: 323), ser “el único modo que tenemos

de conquistar la sabiduría, porque ya no tenemos religión” (1987: 322). Verá “a través del microscopio del psicoanálisis”, “al ser disperso y hendido”, donde “cada uno de sus pedacitos vive su propia vida” y “de vez en cuando, como ocurre con el mercurio, todos los pedazos se funden... pero no quedan soldados sino que siguen siendo escurridizos” (1987: 335).

Su experiencia como analista y analizante, su percepción sensible y lúcida, la hacen describir –como nadie– el drama de la neurosis, una “enfermedad del alma”, que conoce “insidiosa, esquiva” y que, bien sabe, “no provoca la compasión”:

Sales a pasear en un día de verano. Ninguna gran catástrofe te amenaza.

No vives trágicamente alcanzada por una enfermedad fatal, o por la muerte de un ser amado en la guerra. No hay enemigo visible, no hay tragedia real, no hay hospital ni cementerio ni depósito de cadáveres ni sala de lo criminal ni crimen ni horror. No hay nada.

Cruzas una calle. El automóvil no te atropella. No eres tú quien está dentro de la ambulancia... No es tu madre la que ha muerto. Tú no eres la mujer cuyo hermano se fue a la guerra... Tu nombre no aparece en ninguno de los registros de las catástrofes. No has sido atacada, violada ni mutilada. No has sido secuestrada. No estabas en el velero que se hundió en el mar con veinte pasajeros a bordo. No has estado en un campo de concentración ni tampoco en el buque de refugiados al que no se le permitía entrar en ningún puerto. No fuiste encarcelada en España, tu familia no fue torturada por Franco. No te ha ocurrido nada de eso. Pero cuando cruzas la calle, el viento levanta el polvo y, antes de que toque tu cara, sientes como si todos esos horrores te

hubieran ocurrido a ti; sientes la innominada ansiedad, el corazón que se encoge, la asfixia, el ahogo producido por el dolor, el horror que siente el alma cuando está siendo apuñalada. Un drama invisible (1987: 367)

Pero a Anaïs le preocupaba, aún más, “encontrar una escritura verdaderamente dialéctica” (1987: 337) y no encontraba ya en el surrealismo aquello que la había seducido: “Creo que lo que me hizo alejarme del grupo surrealista fue que ellos se contentaban con encontrar las fuentes de las imágenes y las asociaciones libres, y yo en cambio quería ir un paso más allá, quería desentrañar el sentido del inconsciente...”. Su búsqueda era esencial, la de ellos ¿era fingida?, ¿imitaban ellos el inconsciente?

Creo que muchos surrealistas simularon sus sueños. Simularon el inconsciente, la locura y lo fantástico. La simulación siempre se traiciona a sí misma, porque al final desemboca en la aridez... siempre sentí en presencia de los surrealistas, como grupo, que en ellos era el intelecto quien convocaba al inconsciente... Para ellos todo es un juego, un juego de ingenio y brillantez. Los que estaban verdaderamente poseídos perdieron la razón (1987: 317)

Criticaba en ellos lo mismo que criticamos los psicoanalistas en tanto notamos que la verdadera asociación debe tocar algo del sufrimiento, enganchar algo de la sustancia –que le decimos goce– del ser que habla, sino no es más que un juego de palabras, un juego de ingenio que no tiene consecuencias.

Para Anaïs “el secreto de todo” está en el sueño, en la relación entre nuestros sueños y nuestra vida. Aduce que los surrealistas “cortaron el cordón umbilical entre lo real y lo imaginado. Por

eso, a menudo, llegaron al artificio y a la locura” (1987: 399). Ella intenta aprehender con su escritura aquello que escapa, aquello invisible. “Hay algo que se escapa siempre a los científicos, a los poetas... a los informadores, a los detectives, a la policía, a los abogados. Es el sueño... es el secreto de todo” (1987: 336).

Dirá más, dirá que este es su problema:

 Mi problema es que la gente repudia en la vida ese mundo invisible que ha constituido sus actos, que los ha dictado; del mismo modo que repudia la influencia del sueño, no tanto la influencia directa del sueño mismo sino del sueño *desentrañado* (1987: 337)

Pero avanza hacia la solución, su solución, que es también el arma del psicoanálisis; hallará en la “Palabra clave” y sus “asociaciones” lo que orienta tanto “el progreso de un análisis o la redacción de una novela”. Y no se guardará el secreto, generosa, nos dirá cómo hacer:

 Cuando se avanza por esas palabras, dejando que ellas te guíen, se crea una madeja –como en la asociación de palabras en una sesión de análisis–, un reagrupamiento vital o una nueva construcción. Sigues la Palabra Clave como si fuera la pista seguida por un detective. Hasta que, al final, unes todos los hilos, y la palabra cristaliza. Esta es una buena manera de evitar las estructuras estereotipadas en las que cae nuestro pensamiento (1987: 402- 403)

Hacia el final del Libro nos regalará otro de sus bellos relatos, nos dejará el perfume de su encanto y volverá a refugiarse en su *kif*, su opio, su *haschish*:

Después de haber reunido todas las fiebres, conquistas, pasiones, tras haber bajado la velas de los buques de mis sueños, permanentemente inquietos, permanentemente errantes [...], después de haber recogido, recolectado, llamado para que vuelva del desierto tibetano mi eternamente andariega alma, después de haber rescatado mi espíritu de las telas de araña del pasado, de la preocupación por las vidas de los demás que se agarraban de mi garganta como para ahogarme, después de haberme curado de las drogas del romanticismo, de haber abandonado los sueños imposibles y llamado al agotado Don Quijote para que regrese, cierro la ventana, y la puerta, y vuelvo a abrir el diario (1987: 414)

Bibliografía

- Nin, A. (1987a). *Diario II* (1934-1939). Barcelona: Edición de Gunther Stuhlmann.
- (1987b). *Diario III* (1939-1944). Barcelona: Edición de Gunther Stuhlmann.